ELECCIONES EN FRANCIA

PARIS BIEN VALE DOS VUELTAS

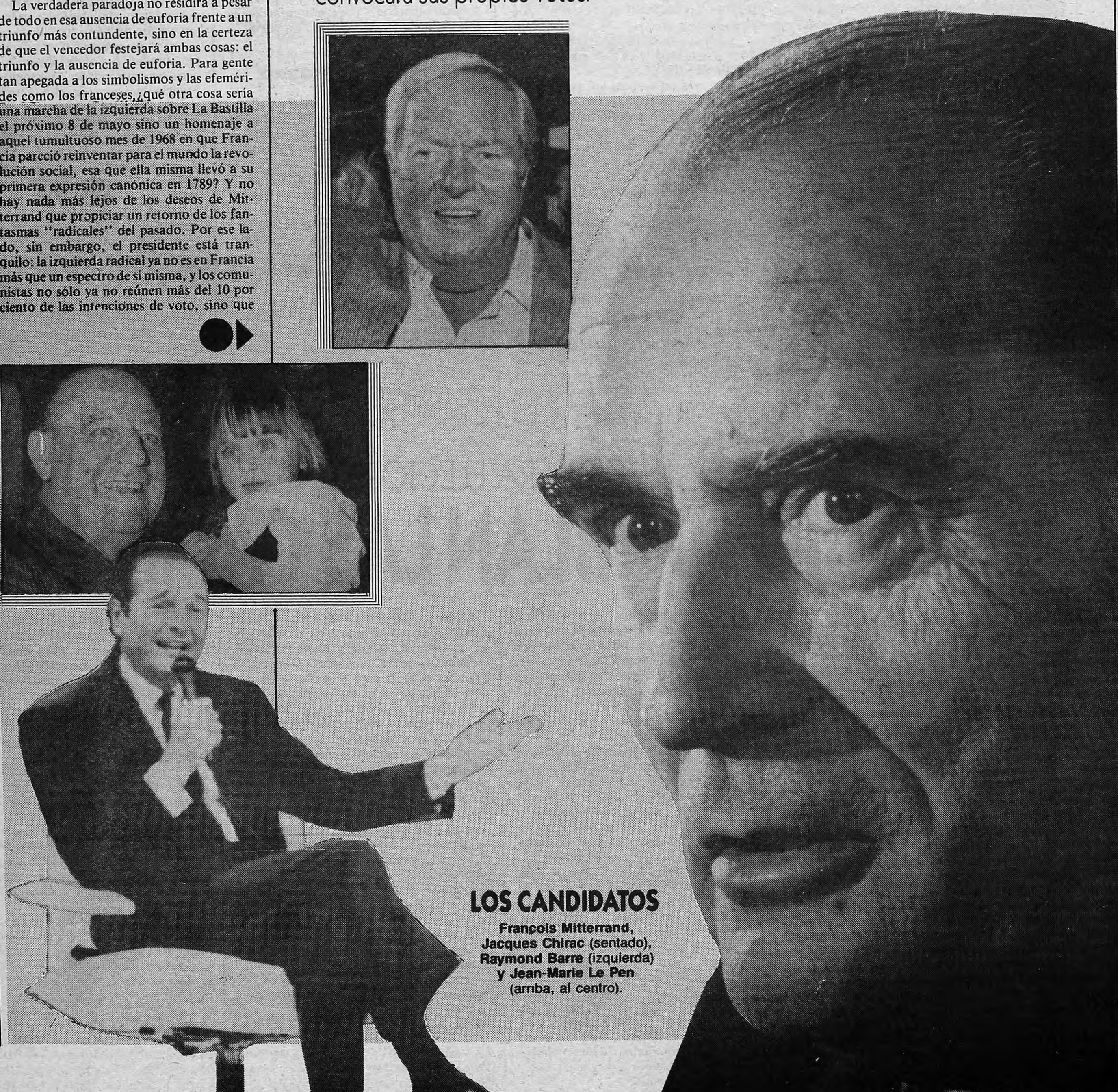
Mitterrand pone a prueba un liderazgo al que logró despojar de sus aristas locales para proyectarlo a una dimensión europea, depurando tradiciones radicales de la izquierda y del gaullismo. Desde la prehistoria, Le Pen convocará sus propios votos.

Por Salvador Benesdra

El día en que François Mitterrand ganó su primera elección presidencial París era una fiesta. Había que darle expresión simbólica a tanta sensación de estar enterrando una época. Se marchó sobre lo que ahora es la Plaza de la Bastilla como el 14 de julio de 1789 se había tomado a punta de picos, fusiles y palas la cárcel que el régimen monárquico tenía emplazada en ese sitio. Poco después, la asunción del presidente Mitterrand pareció una fiesta de 14 de julio, de esas que los franceses celebran cada año como aniversario del nacimiento de la nación con bailes populares en las calles.

Pero eso era en 1981. Si hay algo seguro sobre los resultados de las elecciones cuya primera vuelta se realiza hoy es que no motivarán festejos de la misma envergadura. Y sin embargo, si las encuestas sirven para predecir esos resultados puede anticiparse desde ya que el vencedor será el mismo y por un margen bastante más abultado que en 1981. Para la segunda vuelta, programada para el 8 de mayo, los sondeos le otorgan entre el 55 y el 56 por ciento de las intenciones de voto, contra el 51,8 por ciento que sacó hace siete años.

La verdadera paradoja no residirá a pesar de todo en esa ausencia de euforia frente a un triunfo más contundente, sino en la certeza de que el vencedor festejará ambas cosas: el triunfo y la ausencia de euforia. Para gente tan apegada a los simbolismos y las efemérides como los franceses, ¿qué otra cosa sería una marcha de la izquierda sobre La Bastilla el próximo 8 de mayo sino un homenaje a aquel tumultuoso mes de 1968 en que Francia pareció reinventar para el mundo la revolución social, esa que ella misma llevó a su primera expresión canónica en 1789? Y no hay nada más lejos de los deseos de Mitterrand que propiciar un retorno de los fantasmas "radicales" del pasado. Por ese lado, sin embargo, el presidente está tranquilo: la izquierda radical ya no es en Francia más que un espectro de sí misma, y los comunistas no sólo ya no reúnen más del 10 por ciento de las intenciones de voto, sino que



LOS CANDIDATOS

François Mitterrand, Jacques Chirac (sentado), **Raymond Barre** (izquierda) **y Jean-Marie Le Pen** (arriba, al centro).

PARIS BIEN VALE DOS VUELTAS



van a la primera vuelta con dos candidatos, el oficial (Pierre Juquin) y el disidente (André Lojoinie). A esa debacle (el PC reunía el 25 por ciento de los votos en los años '70) contribuyó en no escasa medida el propio Mitterrand, con una política de unidad que anticiparía en sus efectos sobre los comunistas los que se producirían a partir de 1986 en la "cohabitación" con los gaullistas. El socialista al que ahora ya llaman el "mago" se las ha ingeniado para nutrirse con la proximidad de sus rivales, para absorber de cada uno lo que más vigencia política puede tener y dejarlos tras su abrazo fatalmente debilitados. Pero más que buena cintura política hay en juego procesos históricos de vasto alcance.

El hastío de la derecha

El triunfo de Mitterrand en 1981 tradujo en términos electorales el hastío de una sociedad en crecimiento económico acelerado tras 23 años de monopolio absoluto del poder en manos de la derecha. De una derecha particularmente virulenta, como que había nacido de un golpe de Estado, el que entronizó en 1958 al general De Gaulle. Pero aunque hora resulte más incómodo de recordar, 1981 fue por eso mismo también la continuación por otros medios de aquel mayo de 1968. La rebelión que arrastró hace 20 años a los jóvenes y no tan jóvenes de casi todo el planeta (estudiantes en Alemania y EE.UU., estudiantes y campesinos en Japón y México, obreros y estudiantes en Brasil, sociedad en su conjunto en Checoslovaquia, obreros y estudiantes en el Cordobazo de 1969 en la Argentina, los mismos sectores en el "verano caliente" del '69 en Italia) no alcanzó en ningún otro país capitalista desarrollado el nivel de masividad y desafío político que tuvo en Francia, con sus 10 millones de obreros en paro por tiempo indeterminado y sus universidades "liberadas". En parte porque Francia siempre hizo la historia de esa manera tajante; tiene el hábito de la revolución (1789, 1830, 1848, 1871...). Pero también porque en ninguno de esos países había tanta inadecuación entre la sociedad civil y las estructuras políticas.

La V República gaullista había prescindido mayormente de la dirigencia política de la IV República parlamentarista, estableciendo un poder rígidamente jerarquizado, a cuya sombra medraron una cohorte de advenedizos de la política, y unos empresarios que los franceses llaman "contratistas" (según el modelo de los proveedores del gobierno), "barones", o "capitalistas de Estado", porque en Francia creen que la palabra "capitán" no rima con industria, en contraste con las normas de versificación en vigencia en la Argentina.



Mitterrand y Chirac, dos años compartiendo el Arco del Triunfo.

Fueron esas estructuras las que empezaron a tambalear en 1968: De Gaulle renunció al año siguiente (lo sucedió hasta 1974 un hombre de su entorno, Georges Pompidou). Y fue para derribarlas que Mitterrand, viejo político de primerísima línea de la IV República (fue su ministro casi permanente), construyó ya en el inicio de los años '60 su audaz alianza con los comunistas, cuando todavía éstos eran presentados como ogros por los socialistas de la guerra fría. Dice mucho de la solidez de esas estructuras el hecho de que la alianza izquierdista sólo haya triunfado en 1981... 13 años después de la gran revuelta nacional, y con un septenato del centrista Giscard d'Estaing (1974-81) como transición. En otros países, en cambio, la ola de protestas había conducido a modificaciones profundas y casi inmediatas en el poder, como la asunción en 1969 del primer jefe de gobierno socialdemócrata en la Alemania de posguerra, el canciller Willy Brandt. Por cierto, Alemania tenía las flexibles estructuras políticas del sistema parlamentarista ya típicas del Viejo Continente, mientras que el gaullismo había dejado a Francia con un poder presidencial constitucionalmente tan fuerte que sólo podía ser vencido —parecía— por el mismo medio que dio nacimiento a la V República (1958), la fuerza.

El imperativo europeo

Así, mientras Europa avanzaba mal que bien hacia su destino de unidad continental, y sus hábitos políticos iban adquiriendo ese tinte "posmoderno", ese tono apagado de los pueblos que han purgado sus pasiones en guerras inútiles y revoluciones abortadas, la V República hacía todavía vibrar a Francia con añejas vehemencias. Hubo sin duda otro legado gaullista, hecho de planeamiento flexible en la economía y desplantes nacionalistas frente a EE.UU. Pero vino acompañado de una simbiosis tan estrecha entre el "poder del dinero" (Mitterrand dixit) y el Estado, que el actual candidato-presidente se sintió habilitado hace unos días para acusar al primer ministro-candidato, Jacques Chirac (del gaullista RPR), de "empujar el país hacia la guerra civil", con su ambición de "copar el Estado", de reinstaurar lo que *Le Nouvel Observateur* llamó la "cogestión entre el gobierno, la burguesía contratista y los barones gaullistas". La propia UDF, la alianza centroderechista gobernante desde 1986, donde militan el viejo Giscard y Raymond Barre, le arrima munición copiosa alertando contra "l'Etat-RPR" y la "voracidad chiraquiana".

Pero Giscard como presidente y Barre como su primer ministro (1974-79) ya demostraron su impotencia para desmantelar el "estado-RPR". Sólo Mitterrand pudo crear con la Unión de Izquierda una fuerza capaz de quebrar las articulaciones del inmovilismo gaullista. Rindió tributo al signo de esa fuerza al llevar escrupulosamente adelante en 1981 el programa de nacionalizaciones más ambicioso que se haya encarado en una potencia capitalista, al que se añadieron avances en la legislación social (semana laboral de 39 horas, quinta semana de vacaciones pagas, derechos obreros a nivel de fábrica) como no se daban desde los días del Frente Popular de 1936. La burguesía RPR, y no sólo ella, le respondió con las armas tradicionales de la derecha: fuga de capitales, agitación clerical contra la política cultural y educativa (1984), desinversión. Mitterrand archivó los hilos conductores de su programa electoral ("cambiar la vida", "romper con el capitalismo"), rompió con los comunistas, y se acomodó al triunfo de la derecha en las legislativas de 1986. Pero pronto se dio el gusto de ver cómo la sociedad ponía límites estrictos al gobierno derechista de Chirac, volcándose a las calles con la misma masividad con que lo había hecho contra él, para protestar esta vez (1986) contra los proyectos elitistas para la Universidad (examen de ingreso, entre otros), y las concesiones al racismo. Si en su primer año de gobierno fue heraldo tardío del espíritu del '68, luego se convirtió en resguardo institucional de un progresismo sin exaltaciones, tal vez el único capaz de conducir a Francia a la meta de 1992, cuando serán abolidas todas las barreras a la circulación de los factores de la producción (mercancías, mano de obra y capitales) en la Comunidad Europea. Despues de todo, entre las "atipicidades" poco europeas que Francia debe superar, está el hecho de que siendo patria de revoluciones, la izquierda sólo haya gobernado allí cuatro meses en 1848, dos meses en 1870 y un año en 1936, antes del quinquenio 1981-86. La vocación claramente europeísta sacada a relucir por Mitterrand a medida que marchaba hacia el centro no se contradice con sus raíces izquierdistas: la socialdemocracia, la presencia del Estado en la economía (aunque no se reviertan las reprivatizaciones de Chirac), el planeamiento flexible, son la roca más sólida del desarrollo europeo de posguerra. Tras expurgar de su radicalismo al izquierdismo francés, Mitterrand multiplicó sus iniciativas europeístas (planes Eureka y Esprit para alta tecnología espacial y cibernética, unión defensiva con Alemania, puesta de la investigación espacial francesa al servicio de Europa) y depuró así al nacionalismo gaullista de sus aristas más estrechas, abriéndolo al continente. Si ha de ganar será por eso. No sólo porque sabe maniobrar.

LA CARRERA ELECTORAL
POR QUIEN DOBLAN LAS CAMPANAS

Por Andrea Ferrari

Mucho antes de que el presidente diera el sí y se lanzara a la carrera electoral, los carteles ya incluían su nombre. Cinco millones de francos alcanzaron para que muchas paredes aparecieran empapeladas con un afiche que, bajo la leyenda "Generación Mitterrand", mostraba una mano acercándose a un rozagante bebé. Sus opositores pegaron encima de algunos carteles la imagen de un par de chinelas, sugiriendo que para el "abuelo" del bebé —Mitterrand tiene 71 años— ya era hora de retirarse.

El dueño de la mano que aparecía en la foto era Jacques Seguela y la niña era su hija. Seguela se encargó de diseñar la publicidad de la campaña que intenta retener a Mitterrand en el Elíseo durante siete años más. Además es dueño de una de las agencias publicitarias más exitosas de Francia junto a Jean Michel Goudard. Tal es el prestigio de la firma que los socios se convirtieron temporariamente en opositores: Goudard recibió la campaña de Jacques Chirac.

El rol central que adquirieron los dos publicistas responde a las características que tiene este año la lucha electoral, más centrada en el carisma de los candidatos que en su plataforma. En el caso de Chirac, los esfuerzos se destinaron a suavizar una imagen agresiva, que lo pinta como un "duro" e incluso da pie a que muchas caricaturas lo muestren con espuma en la boca. Los afiches ideados por Goudard exhiben un Chirac sonriente, con un aspecto casi tierno, que sin embargo no resulta demasiado convincente. Las consignas son breves. "El coraje", "La voluntad", "El ardor"; al pie de todos se repite la misma frase: "¡Sí, es Chirac!".

Para Mitterrand, la táctica fue presentarse como "el padre de la nación", que la salvará de un hipotético caos. En los carteles se lo ve con un gesto adusto, mirando el horizonte. "Francia unida", dicen simplemente y no hacen alusión al Partido Socialista. La unidad ha sido el caballito de batalla del presidente; apenas anunció su candidatura aseguró que se veía obligado a presentarse para "mantener a Francia unida y preservar su paz social y civil, amenazadas por fracciones, clanes y bandas, por intereses egoístas y particulares, intolerantes, que lo quieren todo y que ejercen su dominio sobre el país con el riesgo de romper el tejido social". La campaña no se dirige esta vez a los votantes de izquierda, sino a toda la nación y hace hincapié en temas poco controvertidos como la educación, la investigación y la lucha contra el desempleo. Atrás quedaron las 110 propuestas con que la Unión de Izquierda, encabezada por Mitterrand, atrajo a muchos votantes en 1981.

La demora del presidente para anunciar su candidatura resultó una buena estrategia. Les dio tiempo a Chirac y Raymond Barre, el candidato de la Unión para la Democracia Francesa (UDF), para desgastarse en una dura batalla por acaparar los votos de la derecha. Como resultado quedó herido Barre y aparentemente ya no hay cura posible: hasta diciembre aventajaba a Chirac holgadamente en las encuestas, pero la enérgica campaña del primer ministro logró revertir los pronósticos. Cuando uno de sus simpatizantes le comentó preocupado la tendencia de las cifras, Barre respondió: "No me quita el sueño". Tal vez sea precisamente ése el problema de su campaña: nada parece perturbar su reposo. Flemático, se dedicó sobre todo a resaltar sus virtudes como técnico y economista obviando la presencia de los otros candidatos. Gérard Longuet, ministro de la UDF, lo definió crudamente: "A los votantes les gustan los candidatos que transpiran la camisa", dijo. Pero al margen de su imagen, Barre tiene una estructura partidaria mucho más débil que Chirac: los pequeños partidos que conforman la coalición no le dan un sustento suficiente.

Ya es casi seguro que la UDF será eliminada en la primera ronda, que tiene lugar hoy. En la encuesta de la semana pasada del *Paris Match* Mitterrand está a la cabeza con 38 por ciento; le siguen Chirac con 24 y Barre con 18. Todo indica entonces que el *ballotage* del 8 de mayo se definirá entre los actuales presidente y primer ministro. Para Jean Marie Le Pen, líder del ultraderechista Frente Nacional, los pronósticos prevén un 11 por ciento, aunque él se autoadjudique un 20. El comportamiento de sus votantes en la segunda vuelta es un golpe para Chirac: las encuestas vaticinan que por lo menos un cuarto optará por Mitterrand.

El primer ministro intenta ahora por todos los medios mejorar su posición. Varios medios aseguraron que había mandado un emisario a las capitales árabes, a fin de lograr antes de la elección final la liberación de tres rehenes franceses retenidos en el Líbano. Diversas fuentes aseguran que la negociación involucra dinero, armas y el reestablecimiento de las relaciones diplomáticas entre Francia e Irán.

Pero pocos esperan sorpresas de los resultados finales. Mitterrand se perfila como ganador del *ballotage* del 8 de mayo con cifras que oscilarían entre el 50 y el 55 por ciento. Incluso Goudard, el publicista de Chirac, pronostica la victoria del presidente. "¿Qué quiere hoy Francia? —se pregunta en una entrevista del *New York Times*— ¿Quiere un abuelo que la lleve de la mano a la felicidad o un general que la conduzca a la batalla? Todo indica que Francia prefiere mecerse en los brazos de su abuelo que ir a la guerra".

PARIS BIEN VALE DOS VUELTAS



van a la primera vuelta con dos candidatos, el oficial (Pierre Juquin) y el disidente (André Lojoinie). A esa debacle (el PC reunía el 25 por ciento de los votos en los años '70) contribuyó en no escasa medida el propio Mitterrand, con una política de unidad que anticiparía en sus efectos sobre los comunistas, los que se producirían a partir de 1986 en la "cohabitación" con los gaullistas. El socialista al que ahora ya llaman el "mago" se las ha ingeniado para nutrirse con la proximidad de sus rivales, para absorber de cada uno lo que más vigencia política puede tener y dejarlos tras su abrazo fatalmente debilitados. Pero más que buena cintura política hay en juego procesos históricos de vasto alcance.

El hastío de la derecha

El triunfo de Mitterrand en 1981 tradujo en términos electorales el hastío de una sociedad en crecimiento económico acelerado tras 23 años de monopolio absoluto del poder en manos de la derecha. De una derecha particularmente virulenta, como que había nacido de un golpe de Estado, el que entronizó en 1958 al general De Gaulle. Pero aunque hora resulte más incómodo de recordar, 1981 fue por eso mismo también la continuación por otros medios de aquel mayo de 1968. La rebelión que arrastró hace 20 años a los jóvenes y no tan jóvenes de casi todo el planeta (estudiantes en Alemania y EE.UU., estudiantes y campesinos en Japón y México, obreros y estudiantes en Brasil, sociedad en su conjunto en Checoslovaquia, obreros y estudiantes en el Cordobazo de 1969 en la Argentina, los mismos sectores en el "verano caliente" del '69 en Italia) no alcanzó en ningún otro país capitalista desarrollado el nivel de masividad y desafío político que tuvo en Francia, con sus 10 millones de obreros en paro por tiempo indeterminado y sus universidades "liberadas". En parte porque Francia siempre hizo la historia de esa manera tajante; tiene el hábito de la revolución (1789, 1830, 1848, 1871...). Pero también porque en ninguno de esos países había tanta inadecuación entre la sociedad civil y las estructuras políticas.

La V República gaullista había prescindido mayormente de la dirigencia política de la IV República parlamentarista, estableciendo un poder rígidamente jerarquizado, a cuya sombra medraron una cohorte de advenedizos de la política, y unos empresarios que los franceses llaman "contratistas" (según el modelo de los proveedores del gobierno), "barones", o "capitalistas de Estado", porque en Francia creen que la palabra "capitán" no rima con industria, en contraste con las normas de versificación en vigencia en la Argentina.



Mitterrand y Chirac, dos años compartiendo el Arco del Triunfo.

Fueron esas estructuras las que empezaron a tambalear en 1968: De Gaulle renunció al año siguiente (lo sucedió hasta 1974 un hombre de su entorno, Georges Pompidou). Y fue para derribarlas que Mitterrand, viejo político de primerísima línea de la IV República (fue su ministro casi permanente), construyó ya en el inicio de los años '60 su audaz alianza con los comunistas, cuando todavía éstos eran presentados como ogros por los socialistas de la guerra fría. Dice mucho de la solidez de esas estructuras el hecho de que la alianza izquierdista sólo haya triunfado en 1981... 13 años después de la gran revuelta nacional, y con un septenato del centrista Giscard d'Estaing (1974-81) como transición. En otros países, en cambio, la ola de protestas había conducido a modificaciones profundas y casi inmediatas en el poder, como la asunción en 1969 del primer jefe de gobierno socialdemócrata en la Alemania de posguerra, el canciller Willy Brandt. Por cierto, Alemania tenía las flexibles estructuras políticas del sistema parlamentarista ya típicas del Viejo Continente, mientras que el gaullismo había dejado a Francia con un poder presidencial constitucionalmente tan fuerte que sólo podía ser vencido —parecía— por el mismo medio que dio nacimiento a la V República (1958), la fuerza.

El imperativo europeo

Así, mientras Europa avanzaba mal que bien hacia su destino de unidad continental, y sus hábitos políticos iban adquiriendo ese tinte "posmoderno", ese tono apagado de los pueblos que han purgado sus pasiones en guerras inútiles y revoluciones abortadas, la V República hacía todavía vibrar a Francia con añejas vehemencias. Hubo sin duda otro legado gaullista, hecho de planeamiento flexible en la economía y desplantes nacionalistas frente a EE.UU. Pero vino acompañado de una simbiosis tan estrecha entre el "poder del dinero" (Mitterrand dixit) y el Estado, que el actual candidato-presidente se sintió habilitado hace unos días para acusar al primer ministro-candidato, Jacques Chirac (del gaullista RPR), de "empujar el país hacia la guerra civil", con su ambición de "copar el Estado", de reinstaurar lo que *Le Nouvel Observateur* llamó la "cogestión entre el gobierno, la burguesía contratista y los barones gaullistas". La propia UDF, la alianza centroderechista gobernante desde 1986, donde militan el viejo Giscard y Raymond Barre, le arrima munición copiosa alertando contra "l'Etat-RPR" y la "voracidad chiraquiana".

Pero Giscard como presidente y Barre como su primer ministro (1974-79) ya demostraron su impotencia para desmantelar el "estado-RPR". Sólo Mitterrand pudo crear con la Unión de Izquierda una fuerza capaz de quebrar las articulaciones del inmovilismo gaullista. Rindió tributo al signo de esa fuerza al llevar escrupulosamente adelante en 1981 el programa de nacionalizaciones más ambicioso que se haya encarado en una potencia capitalista, al que se añadieron avances en la legislación social (semana laboral de 39 horas, quinta semana de vacaciones pagas, derechos obreros a nivel de fábrica) como no se daban desde los días del Frente Popular de 1936. La burguesía RPR, y no sólo ella, le respondió con las armas tradicionales de la derecha: fuga de capitales, agitación clerical contra la política cultural y educativa (1984), desinversión. Mitterrand archivó los hilos conductores de su programa electoral ("cambiar la vida", "romper con el capitalismo"), rompió con los comunistas, y se acomodó al triunfo de la derecha en las legislativas de 1986. Pero pronto se dio el gusto de ver cómo la sociedad ponía límites estrictos al gobierno derechista de Chirac, volcándose a las calles con la misma masividad con que lo había hecho contra él, para protestar esta vez (1986) contra los proyectos elitistas para la Universidad (examen de ingreso, entre otros), y las concesiones al racismo. Si en su primer año de gobierno fue heraldo tardío del espíritu del '68, luego se convirtió en resguardo institucional de un progresismo sin exaltaciones, tal vez el único, capaz de conducir a Francia a la meta de 1992, cuando serán abolidas todas las barreras a la circulación de los factores de la producción (mercancías, mano de obra y capitales) en la Comunidad Europea. Despues de todo, entre las "atipicidades" poco europeas que Francia debe superar, está el hecho de que siendo patria de revoluciones, la izquierda sálo haya gobernado allí cuatro meses en 1848, dos meses en 1870 y un año en 1936, antes del quinquenio 1981-86. La vocación claramente europeísta sacada a relucir por Mitterrand a medida que marchaba hacia el centro no se contradice con sus raíces izquierdistas: la socialdemocracia, la presencia del Estado en la economía (aunque no se reviertan las reprivatizaciones de Chirac), el planeamiento flexible, son la roca más sólida del desarrollo europeo de posguerra. Tras expurgar de su radicalismo al izquierdismo francés, Mitterrand multiplicó sus iniciativas europeístas (planes Eureka y Esprit para alta tecnología espacial y cibernética, unión defensiva con Alemania, puesta de la investigación espacial francesa al servicio de Europa) y depuró así al nacionalismo gaullista de su aristas más estrechas, abriéndolo al continente. Si ha de ganar será por eso. No sólo porque sabe maniobrar.

LA CARRERA ELECTORAL

POR QUIEN DOBLAN LAS CAMPANAS

Por Andrea Ferrari

Mucho antes de que el presidente diera el sí y se lanzara a la carrera electoral, los carteles ya incluían su nombre. Cinco millones de francos alcanzaron para que muchas paredes aparecieran empapeladas con un afiche que, bajo la leyenda "Generación Mitterrand", mostraba una mano acercándose a un rozagante bebé. Sus opositores pegaron encima de algunos carteles la imagen de un par de chinelas, sugiriendo que para el "abuelo" del bebé —Mitterrand tiene 71 años— ya era hora de retirarse.

El dueño de la mano que aparecía en la foto era Jacques Seguela y la niña era su hija. Seguela se encargó de diseñar la publicidad de la campaña que intenta retener a Mitterrand en el Elíseo durante siete años más. Además es dueño de una de las agencias publicitarias más exitosas de Francia junto a Jean Michel Goudard. Tal es el prestigio de la firma que los socios se convirtieron temporariamente en opositores: Goudard recibió la campaña de Jacques Chirac.

El rol central que adquirieron los dos publicistas responde a las características que tiene este año la lucha electoral, más centrada en el carisma de los candidatos que en su plataforma. En el caso de Chirac, los esfuerzos se destinaron a suavizar una imagen agresiva, que lo pinta como un "duro" e incluso da pie a que muchas caricaturas lo muestren con espuma en la boca. Los afiches ideados por Goudard exhiben un Chirac sonriente, con un aspecto casi tierno, que sin embargo no resulta demasiado convincente. Las consignas son breves. "El coraje", "La voluntad", "El ardor"; al pie de todos se repite la misma frase: "¡Sí, es Chirac!".

Para Mitterrand, la táctica fue presentarse como "el padre de la nación", que la salvará de un hipotético caos. En los carteles se lo ve con un gesto adusto, mirando el horizonte. "Francia unida", dicen simplemente y no hacen alusión al Partido Socialista. La unidad ha sido el caballito de batalla del presidente; apenas anunció su candidatura aseguró que se veía obligado a presentarse para "mantener a Francia unida y preservar su paz social y civil, amenazadas por fracciones, clanes y bandas, por intereses egoístas y particulares, intolerantes, que lo quieren todo y que ejercen su dominio sobre el país con el riesgo de romper el tejido social". La campaña no se dirige esta vez a los votantes de izquierda, sino a toda la nación y hace hincapié en temas poco controvertidos como la educación, la investigación y la lucha contra el desempleo. Atrás quedaron las 110 propuestas con que la Unión de Izquierda, encabezada por Mitterrand, atrajo a muchos votantes en 1981.

La demora del presidente para anunciar su candidatura resultó una buena estrategia. Les dio tiempo a Chirac y Raymond Barre, el candidato de la Unión para la Democracia Francesa (UDF), para desgastarse en una dura batalla por acaparar los votos de la derecha. Como resultado quedó herido Barre y aparentemente ya no hay cura posible: hasta diciembre aventajaba a Chirac holgadamente en las encuestas, pero la enérgica campaña del primer ministro logró revertir los pronósticos. Cuando uno de sus simpatizantes le comentó preocupado la tendencia de las cifras, Barre respondió: "No me quita el sueño". Tal vez sea precisamente ése el problema de su campaña: nada parece perturbar su reposo. Flemático, se dedicó sobre todo a resaltar sus virtudes como técnico y economista obviando la presencia de los otros candidatos. Gérard Longuet, ministro de la UDF, lo definió crudamente: "A los votantes les gustan los candidatos que transpiran la camisa", dijo. Pero al margen de su imagen, Barre tiene una estructura partidaria mucho más débil que Chirac: los pequeños partidos que conforman la coalición no le dan un sustento suficiente.

Ya es casi seguro que la UDF será eliminada en la primera ronda, que tiene lugar hoy. En la encuesta de la semana pasada del *Paris Match* Mitterrand está a la cabeza con 38 por ciento; le siguen Chirac con 24 y Barre con 18. Todo indica entonces que el *ballotage* del 8 de mayo se definirá entre los actuales presidente y primer ministro. Para Jean Marie Le Pen, líder del ultraderechista Frente Nacional, los pronósticos prevén un 11 por ciento, aunque él se autoadjudique un 20. El comportamiento de sus votantes en la segunda vuelta es un golpe para Chirac: las encuestas vaticinan que por lo menos un cuarto optará por Mitterrand.

El primer ministro intenta ahora por todos los medios mejorar su posición. Varios medios aseguraron que había mandado un emisario a las capitales árabes, a fin de lograr antes de la elección final la liberación de tres rehenes franceses retenidos en el Líbano. Diversas fuentes aseguran que la negociación involucra dinero, armas y el reestablecimiento de las relaciones diplomáticas entre Francia e Irán.

Pero pocos esperan sorpresas de los resultados finales. Mitterrand se perfila como ganador del *ballotage* del 8 de mayo con cifras que oscilarían entre el 50 y el 55 por ciento. Incluso Goudard, el publicista de Chirac, pronostica la victoria del presidente. "¿Qué quiere hoy Francia? —se pregunta en una entrevista del *New York Times*— ¿Quiere un abuelo que la lleve de la mano a la felicidad o un general que la conduzca a la batalla? Todo indica que Francia prefiere mecerse en los brazos de su abuelo que ir a la guerra".

EL DIA QUE GANO MITTERRAND

Por Osvaldo Soriano

"Victoria o fracaso, uno está siempre solo frente a sí mismo." El 27 de abril de 1981, luego de conocer los resultados de la primera vuelta de las elecciones presidenciales, François Mitterrand dejó caer esa reflexión ante sus amigos más íntimos. Los números sugerían una estrecha victoria en el *ballotage* del 10 de mayo si los comunistas, los radicales de izquierda y los dos pequeños partidos trotskistas ordenaban votar por el candidato socialista. Pero el triunfo no era seguro: el presidente Valery Giscard d'Estaing y sus aliados de la derecha tenían quince días para lanzar los últimos llamados a la cordura al anticomunismo de siempre.

Recuerdo que aquel 10 de mayo mi mujer —que había votado por Mitterrand— y yo estábamos frente al televisor, ansiosos, aguardando que los relojes dieran las ocho en punto de la noche. Allí estaban, en TF1, la primera cadena de la televisión estatal, los jefes políticos que habían participado en la campaña. A Jean Pierre Elkabach, el periodista estrella del giscardismo, se lo notaba nervioso, como si supiera algo, como si intuyera un paréntesis en su carrera.

Un minuto antes de las ocho, en las pantallas apareció un reloj con la cuenta regresiva y también nosotros nos quedamos sin respiración hasta que se vio el resultado: François Mitterand superaba el 51 por ciento de los votos y se convertía en el primer presidente socialista de la Quinta República, diseñada por Charles de Gaulle.

Mauroy, intendente de Lilas y futuro primer ministro, gritó *Vive la vie!* y a mí nunca se me olvidarán sus palabras rojas en aquel día gris. Era como si yo, un extraño, pudiera de pronto abrir la ventana y saltar a jugar en jardín ajeno.

Entonces empezó el ruido: música en La Bastilla y en la *Place d'Italie*, rosas en los puños, las banderas rojas de la Comuna que volvían, ilusorias, desde el fondo de los tiempos. Había silencio en la Concorde y en Neuilly, donde algunos banqueros hacían las valijas para llevarse dinero y joyas a Suiza.

Muchas cosas habían cambiado en esos años de crisis del gran capitalismo. La desocupación, el déficit fiscal y la inflación habían desbordado a la coalición conservadora que presidía Giscard y conducía Raymond Barre. La corrupción y el amiguismo habían llevado al régimen a la derrota y las 110 propuestas del candidato socialista —minuciosamente negociadas con los comunistas— pesaron menos, tal vez, que el hartazgo por una política exhibicionista pero mediocre.

El día que asumió sus funciones, Mitterrand entró en el panteón de los héroes en París, para depositar una rosa sobre la sepultura de Jean Moulain, el jefe de la Resistencia. *"Mido el peso de la Historia, su rigor, su grandeza. La comunidad entera debe responder a las exigencias del presente".*

En la calle, una orquesta tocaba el *Himno a la alegría.* Sus invitados eran Hortensia de Allende, Arthur Miller, Mikis Theodorakis, Melina Mercouri, Mario Soares, Andreas Papandreu, Willy Brandt. Olof Palme, Felipe González, Leopold Senghor, Gabriel García Márquez y Julio Cortázar.

El candidato de los socialistas había prometido que disolvería la Asamblea Nacional para que el electorado le diera una mayoría con la que gobernar sin trabas. Lo hizo de inmediato, y la siguiente elección fue la apoteosis de la izquierda, que ganó la mayoría absoluta en la cámara de diputados.

Contra la voluntad de los moderados y toda la prensa, Mitterrand incorporó cuatro ministros comunistas a su primer gabinete y allí los mantendría durante dos años. De inmediato el nuevo gobierno dispuso el congelamiento temporario de precios y salarios para detener la inflación (que había llegado al 14 por ciento anual), la reducción de una hora (a 39) del tiempo de trabajo semanal, la quinta semana de vacaciones pagas, la abolición de la pena de muerte (aun cuando el 67 por ciento de los encuestados era favorable a su aplicación), impuestos a las grandes fortunas, nacionalización de la banca y algunas grandes empresas de importancia estratégica, como la fábrica de aviones Dassault.

En una solicitada publicada en todos los diarios, el banquero Rothschild anunció que todo estaba perdido en Francia. Más digno, con algún sentido del humor, el viejo Marcel Dassault, fabricante de los *Mirage*, entregó su empresa antes que le llegara la expropiación. El semanario *L'Express*, que se había jugado por la reelección de Giscard d'Estaing, despidió al director y a toda la conducción de la revista. En la frontera con Suiza la policía sólo alcanzó a retener a algunos de los espantados aristócratas que huían hacia los bancos con cuentas secretas de Lausana, Zurich y Ginebra. En una semana entre setecientos y mil millones de dólares escaparon de Francia.

Después los ricos perdieron el miedo y dejaron que el país empezara a transformarse con la revolución tecnológica. Al fin y al cabo Mitterrand no era su enemigo mortal, sino su civilizador. Y no hay tarea más compleja y difícil que la de morigerar a un burgués asustado.

Ahora que François Mitterrand somete su gestión al voto popular, me acuerdo de aquel año 1981 como una vertiginosa sucesión de sacudones que contrastaban con lo que sucedía en la Argentina de represión y plata dulce.

Aquel hombre y su partido habían auxiliado y protegido a los exiliados, habían denunciado y combatido las violaciones a los derechos humanos. En nombre de la solidaridad nos habían hecho más fácil la vida en tierra extraña. Y eso no fue poca cosa: tan ajena y fugaz era entonces la felicidad.



"Una Francia francesa, fuerte y fraterna" es la consigna de Le Pen.

EL DILEMA DE SER FRANCES

Por Victoria Verlichak

No es algo que ocurra en muchos países, pero los franceses —se sabe— tienen una particular obsesión por racionalizarlo todo, o al menos por intelectualizar sus cuestiones más acuciantes. Así hace seis meses se reunió en París una comisión especial creada por el gobierno del presidente François Mitterrand para debatir el más inusual de los dilemas: ¿qué es ser francés?

La cuesión, por cierto, no tiene una pizca de tontería en la única potencia nuclear continental de la Europa atlántica, porque con la bandera de una virulenta xenofobia el ultraderechista *Front National* se prepara para la primera vuelta de las elecciones presidenciales de hoy con un inquietante capital en sus bolsillos: los sondeos de opinión garantizan al agrupamiento neofascista que preside Jean-Marie Le Pen no menos del 11 por ciento de las voluntades del electorado francés.

Le Pen aspira a negociar este importantísimo caudal electoral, que podría llegar al 15 por ciento, ya que desde 1983 al *FN* le ha ido mejor en las urnas que en las encuestas. Le Pen pretende algunos cargos en el próximo gabinete nacional a cambio de su apoyo en la segunda vuelta electoral del 8 de mayo. Los candidatos de la derecha liberal, Raymond Barre y Jacques Chirac, aún no se han comprometido con él públicamente. Le Pen está convencido de que "sin el *Front National* no hay mayoría", pero en caso de no arreglar ordenará que sus seguidores se abstengan.

El ascenso del *FN*, certificado en las pasadas elecciones legislativas de marzo de 1986 donde obtuvo 33 puestos en la Asamblea Nacional que tiene un total de 577 miembro. se debe en parte a los cambios cosméticos adoptados por el líder de esta organización de 16 años de antigüedad.

Raymond Barre se propone "serio, sólido y veraz" sobre una propaganda de ropa interior. "¿Quién le teme al look feroz?"

"Hasta que abre la boca"

A los 60 años, Le Pen logró pulir su imagen hasta tal punto que su presencia en los medios de comunicación se ha tornado amable. Hace tiempo que no usa el parche negro sobre su ojo derecho lesionado —ahora tiene uno de vidrio— ni tampoco luce más su boina negra de paracaidista. Durante el último verano europeo se esmeró por perder kilos en una clínica suiza. Su entrenador físico y guardaespaldas lo ayuda a mantenerse en forma. El semanario británico *The Economist* subraya su nuevo estilo de vestir que lo hace aparecer como un "caballero inglés" sólo "hasta que abre la boca".

Aunque ya no sea arrestado por emborracharse y pelearse en la calle como cuando era joven y la guerra de Argelia (donde ha sido acusado de torturar prisioneros en

EL DIA QUE GANO MITTERRAND

Por Osvaldo Soriano

V*ictoria o fracaso, uno está siempre solo frente a sí mismo.*" El 27 de abril de 1981, luego de conocer los resultados de la primera vuelta de las elecciones presidenciales, François Mitterrand dejó caer esa reflexión ante sus amigos más íntimos. Los números sugerían una estrecha victoria en el *ballotage* del 10 de mayo si los comunistas, los radicales de izquierda y los dos pequeños partidos trotskistas ordenaban votar por el candidato socialista. Pero el triunfo no era seguro: el presidente Valery Giscard d'Estaing y sus aliados de la derecha tenían quince días para lanzar los últimos llamados a la cordura al anticomunismo de siempre.

Recuerdo que aquel 10 de mayo mi mujer —que había votado por Mitterrand— y yo estábamos frente al televisor, ansiosos, aguardando que los relojes dieran las ocho en punto de la noche. Allí estaban, en TF1, la primera cadena de la televisión estatal, los jefes políticos que habían participado en la campaña. A Jean Pierre Elkabach, el periodista estrella del giscardismo, se lo notaba nervioso, como si supiera algo, como si intuyera un paréntesis en su carrera.

Un minuto antes de las ocho, en las pantallas apareció un reloj con la cuenta regresiva y también nosotros nos quedamos sin respiración hasta que se vio el resultado: François Mitterrand superaba el 51 por ciento de los votos y se convertía en el primer presidente socialista de la Quinta República, diseñada por Charles de Gaulle.

Mauroy, intendente de Lilas y futuro primer ministro, gritó *Vive la vie!* y a mí nunca se me olvidarán sus palabras rojas en aquel día gris. Era como si yo, un extraño, pudiera de pronto abrir la ventana y saltar a jugar en jardín ajeno.

Entonces empezó el ruido: música en La Bastilla y en la *Place d'Italie*, rosas en los puños, las banderas rojas de la Comuna que volvían, ilusorias, desde el fondo de los tiempos. Había silencio en la Concorde y en Neuilly, donde algunos banqueros hacían las valijas para llevarse dinero y joyas a Suiza.

Muchas cosas habían cambiado en esos años de crisis del gran capitalismo. La desocupación, el déficit fiscal y la inflación habían desbordado a la coalición conservadora que presidía Giscard y conducía Raymond Barre. La corrupción y el amiguismo habían llevado al régimen a la derrota y las 110 propuestas del candidato socialista —minuciosamente negociadas con los comunistas— pesaron menos, tal vez, que el hartazgo por una política exhibicionista pero mediocre.

El día que asumió sus funciones, Mitterrand entró en el panteón de los héroes en París, para depositar una rosa sobre la sepultura de Jean Moulain, el jefe de la Resistencia. "*Mido el peso de la Historia, su rigor, su grandeza. La comunidad entera debe responder a las exigencias del presente*".

En la calle, una orquesta tocaba el *Himno a la alegría*. Sus invitados eran Hortensia de Allende, Arthur Miller, Mikis Theodorakis, Melina Mercouri, Mario Soares, Andreas Papandreu, Willy Brandt. Olof Palme, Felipe González, Leopold Senghor, Gabriel García Márquez y Julio Cortázar.

El candidato de los socialistas había prometido que disolvería la Asamblea Nacional para que el electorado le diera una mayoría con la que gobernar sin trabas. Lo hizo de inmediato, y la siguiente elección fue la apoteosis de la izquierda, que ganó la mayoría absoluta en la cámara de diputados.

Contra la voluntad de los moderados y toda la prensa, Mitterrand incorporó cuatro ministros comunistas a su primer gabinete y allí los mantendría durante dos años. De inmediato el nuevo gobierno dispuso el congelamiento temporario de precios y salarios para detener la inflación (que había llegado al 14 por ciento anual), la reducción de una hora (a 39) del tiempo de trabajo semanal, la quinta semana de vacaciones pagas, la abolición de la pena de muerte (aun cuando el 67 por ciento de los encuestados era favorable a su aplicación), impuestos a las grandes fortunas, nacionalización de la banca y algunas grandes empresas de importancia estratégica, como la fábrica de aviones Dassault.

En una solicitada publicada en todos los diarios, el banquero Rothschild anunció que todo estaba perdido en Francia. Más digno, con algún sentido del humor, el viejo Marcel Dassault, fabricante de los *Mirage*, entregó su empresa antes que le llegara la expropiación. El semanario *L'Express*, que se había jugado por la reelección de Giscard d'Estaing, despidió al director y a toda la conducción de la revista. En la frontera con Suiza la policía sólo alcanzó a retener a algunos de los espantados aristócratas que huían hacia los bancos con cuentas secretas de Lausana, Zurich y Ginebra. En una semana entre setecientos y mil millones de dólares escaparon de Francia.

Después los ricos perdieron el miedo y dejaron que el país empezara a transformarse con la revolución tecnológica. Al fin y al cabo Mitterrand no era su enemigo mortal, sino su civilizador. Y no hay tarea más compleja y difícil que la de morigerar a un burgués asustado.

Ahora que François Mitterrand somete su gestión al voto popular, me acuerdo de aquel año 1981 como una vertiginosa sucesión de sacudones que contrastaban con lo que sucedía en la Argentina de represión y plata dulce.

Aquel hombre y su partido habían auxiliado y protegido a los exiliados, habían denunciado y combatido las violaciones a los derechos humanos. En nombre de la solidaridad nos habían hecho más fácil la vida en tierra extraña. Y eso no fue poca cosa: tan ajena y fugaz era entonces la felicidad.



"Una Francia francesa, fuerte y fraterna" es la consigna de Le Pen.

EL DILEMA DE SER FRANCES

Por Victoria Verlichak

No es algo que ocurra en muchos países, pero los franceses —se sabe— tienen una particular obsesión por racionalizarlo todo, o al menos por intelectualizar sus cuestiones más acuciantes. Así hace seis meses se reunió en París una comisión especial creada por el gobierno del presidente François Mitterrand para debatir el más inusual de los dilemas: ¿qué es ser francés?

La cuesión, por cierto, no tiene una pizca de tontería en la única potencia nuclear continental de la Europa atlántica, porque con la bandera de una virulenta xenofobia el ultraderechista *Front National* se prepara para la primera vuelta de las elecciones presidenciales de hoy con un inquietante capital en sus bolsillos: los sondeos de opinión garantizan al agrupamiento neofascista que preside Jean-Marie Le Pen no menos del 11 por ciento de las voluntades del electorado francés.

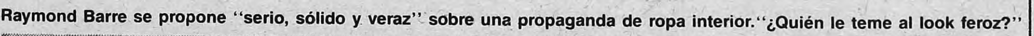
Le Pen aspira a negociar este importantísimo caudal electoral, que podría llegar al 15 por ciento, ya que desde 1983 al *FN* le ha ido mejor en las urnas que en las encuestas. Le Pen pretende algunos cargos en el próximo gabinete nacional a cambio de su apoyo en la segunda vuelta electoral del 8 de mayo. Los candidatos de la derecha liberal, Raymond Barre y Jacques Chirac, aún no se han comprometido con él públicamente. Le Pen está convencido de que "sin el *Front National* no hay mayoría", pero en caso de no arreglar ordenará que sus seguidores se abstengan.

El ascenso del *FN*, certificado en las pasadas elecciones legislativas de marzo de 1986 donde obtuvo 33 puestos en la Asamblea Nacional que tiene un total de 577 miembros se debe en parte a los cambios cosméticos adoptados por el líder de esta organización de 16 años de antigüedad.

"Hasta que abre la boca"

A los 60 años, Le Pen logró pulir su imagen hasta tal punto que su presencia en los medios de comunicación se ha tornado amable. Hace tiempo que no usa el parche negro sobre su ojo derecho lesionado —ahora tiene uno de vidrio— ni tampoco luce más su boina negra de paracaidista. Durante el último verano europeo se esmeró por perder kilos en una clínica suiza. Su entrenador físico y guardaespaldas lo ayuda a mantenerse en forma. El semanario británico *The Economist* subraya su nuevo estilo de vestir que lo hace aparecer como un "caballero inglés" sólo "hasta que abre la boca".

Aunque ya no sea arrestado por emborracharse y pelearse en la calle como cuando era joven y la guerra de Argelia (donde ha sido acusado de torturar prisioneros en



Raymond Barre se propone "serio, sólido y veraz" sobre una propaganda de ropa interior."¿Quién le teme al look feroz?"



AFP

EL DILEMA DE SER FRANCES



1956) haya quedado lejos, cuando habla no hay nuevo "look" que valga.

Este verano Le Pen, hijo de un marinero mercante bretón, decidió que los extranjeros eran responsables del SIDA. Estos —dijo— trajeron la enfermedad y luego la diseminaron entre los "franceses puros". Prometió que al llegar a la presidencia pondrá a los extranjeros en campos o "sidatorios" hasta que se mueran o sean deportados.

El 70 por ciento de los franceses creen que el líder del *FN* es un extremista y un antisemita. Le Pen dijo en un programa radial que el Holocausto fue un "detalle menor" de la Segunda Guerra undial. No piensa que haya que creer en la existencia de las cámaras de gas, que mataron a millones de judíos, puesto "que no son una verdad revelada". Su pensamiento es similar al de los historiadores "revisionistas" (término que ha sido apropiado por los neonazis franceses), que sostienen que los 6 millones de judíos muertos durante el dominio nazi no son más que una invención judía para debilitar a Europa y llenarla de duda y culpa. Para concretar lo que un revisionista llamó —según la revista *The New Yorker*— "la circuncisión del hombre ario".

"Los franceses al Elíseo"

El *Front National*, cuyo emblema es una llama tricolor, inspirada en el del neofascista Movimiento Social Italiano, tiene cuatro objetivos (*Los partidos políticos en Francia*, Jean Charlot, 1986). El *FN* se propone velar por la seguridad de los franceses (favorece el reestablecimiento de la pena de muerte), invertir la corriente inmigratoria, dar la espalda a los socialismos, construir el capitalismo popular. En realidad, en lo económico su postura no difiere demasiado —salvo en el tema impuestos— de la de los liberales y socialistas.

"Los franceses al Elíseo con Jean-Marie Le Pen", grita el slogan de su campaña. Pero no los franceses de origen nordafricano —Túnez, Argelia, Marruecos—, el objeto de su persecución. A Le Pen no le importa que la mitad de los dos millones de inmigrantes árabes haya nacido o se haya educado en Francia. O que un tercio de la población tenga por lo menos un abuelo extranjero. Le Pen —que ha concitado la adhesión del español Blas Piñar y otros neofascistas europeos— asocia exitosamente la inmigración con la desocupación, que actualmente es del 10 por ciento.

Los despreciados inmigrantes de principios de siglo eran italianos y españoles. Irónicamente, los nordafricanos de entonces —dice *The Economist*— forman parte del *FN*. En Marsella, por ejemplo, el *FN* está lleno de apellidos italianos y catalanes. Arrighi, Perdomo, son algunos.

Los expertos coinciden en que el voto del *Front National* es un fenómeno esencialmente urbano. Charlot indica que la tasa de urbanización es la mejor variable explicativa del ascenso electoral del *FN*. El partido obtuvo mejores resultados electorales en los distritos donde la tasa de urbanización sobrepasa el 80 por ciento.

Le Pen le resta votos principalmente a la derecha de Barre y Chirac. Una encuesta realizada a la salida de las urnas en las elecciones cantonales de marzo de 1985 indicó —informa Charlot— que de 100 electores del *FN*, 55 habían votado anteriormente por Valery Giscard d'Estaing el 10 de mayo de 1981, 22 por Mitterrand y 19 eran nuevos electores.

Derechistas enojados, izquierdistas decepcionados, nuevos votantes, *pied-noirs* (repatriados franceses de Argelia), fascistas, colaboracionistas con el ocupante alemán, monárquicos, católicos ultratradicionales, populistas rurales, forman parte del caudal electoral del *FN*. Estos se sienten amenazados por los inmigrantes, les cuesta aceptar la modernización y la apertura de Francia al mundo y creen en Le Pen, aunque su ex mujer —su esposa durante 20 años— haya dicho que él es "moralmente repugnante".

EL PLANETA

ESTADOS UNIDOS EN EL GOLFO

FLOTA A DOMICILIO



AFP

Por Ernesto Tiffenberg

Stalin, Churchill y Roosevelt se encontraron por primera vez en Teherán. Corría 1943 y la discusión se centró en los dos frentes principales de la guerra. Stalin intentó borrar las reticencias inglesas a la apertura de otro frente en Europa, y Churchill coordinó con Roosevelt la lucha contra Japón en el Lejano Oriente. Cuarenta y cinco años después Zbigniew Brzezinski —ex asesor de Seguridad Nacional de Carter y uno de los más autorizados estrategas actuales— considera que los "tres frentes estratégicos fundamentales en la contienda mundial" que opone a Estados Unidos con la Unión Soviética son, curiosamente, el europeo, el del Lejano Oriente y el de Asia sudoccidental. En esta última región, siempre según Brzezinski, Irán, que es la llave del Golfo Pérsico, constituye el país clave.

Trece barcos de guerra norteamericanos navegan ahora hacia el Golfo por orden de Ronald Reagan. En cinco días se reunirán con otros 43, tripulados por unos 30 mil hombres. A un costo de más de tres millones de dólares diarios los marinos están allí desde hace ocho meses con el declarado propósito de "defender la libre navegación por aguas internacionales". La semana pasada una mina colocada por los iraníes dañó a uno de ellos y el lunes Estados Unidos atacó en represalia dos plataformas petroleras e inutilizó cinco naves de la ya pequeña flota de Teherán. "Washington actuó en defensa de los barcos que defienden las embarcaciones comerciales, mientras las embarcaciones comerciales continuaban siendo atacadas", ironizó William Pfaff en *The International Herald Tribune*. El mismo día de los combates, Irán bombardeó un buque británico, otro chipriota y un remolcador norteamericano.

El argumento de la "defensa de las líneas de navegación" no resulta muy convincente para explicar la masiva presencia de Estados Unidos en el Golfo. Sobre todo si se recuerda que la mayoría de los ataques son realizados por Irak sobre barcos que transportan petróleo iraní. Para colmo, hasta ahora fue un misil Exocet disparado por error desde un avión iraquí el que causó mayores pérdidas a los norteamericanos: 37 marinos muertos en el hundimiento de la fragata "Stark". Desde que el presidente iraquí Sadaam Hussein ordenó en 1980 la invasión de Irán —confiado en un rápido triunfo sobre su convulsionado vecino— las preferencias occidentales se inclinaron claramente hacia su lado. Este apoyo se explica más por la voluntad de evitar un triunfo del ayatola Jomeini que por la de respaldar los métodos que pronto se decidió a usar para detener las oleadas de jóvenes, y suicidas, soldados iraníes: bombardeo de las ciudades, despliegue de armas químicas y, por último, ataque a los petroleros en el Golfo. Fueron otras, por lo tanto, las razones que impulsaron a Reagan a dar la orden de embarque.

En 1986, cuando sumaban más de 300 los ataques contra objetivos civiles en el Golfo, Washington rechazó cobijar bajo su bandera a cinco barcos petroleros de Kuwait. Moscú vio la oportunidad y no la desperdició. Pocos meses después tres buques del emirato cruzaban el estrecho de Ormuz con la enseña de la hoz y el martillo. Reagan cambió entonces los planes y pronto once petroleros kuwaities exhibieron orgullosos la protección de las barras y las estrellas. Para demostrar el nivel de compromiso con los países árabes amigos, una flota entera partió a escoltar a los elegidos. Gorbachov dio un paso al costado, pero mantuvo su red diplomática en la región, fortalecida por la promesa de iniciar la retirada de Afganistán el próximo 15 de mayo. La venta de armas a Irak no le impide a la URSS planificar con Irán la construcción de dos oleoductos que lleven a las costas ucranianas del Mar Negro dos millones de barriles diarios de petróleo, ni obtener una promesa de los dirigentes iraníes que el propio Stalin fue incapaz de conseguir: una concesión *off shore* para la búsqueda de petróleo en el Mar Caspio.

Políticas de fuerza

Los acuerdos de desarme nuclear firmados por Reagan y Gorbachov no disminuyeron la mutua desconfianza. Por el contrario, el relativo alejamiento de la hipótesis de un choque directo fortaleció las posiciones de aquellos que, como Brzezinski o Henry Kissinger, piensan que la rivalidad se expresará durante los próximos años en los conflictos convencionales del Tercer Mundo.

La amenazadora presencia de la flota americana en el Golfo permitió a Reagan regresar a su especialidad en cuanto a política exterior se refiere: el uso de la fuerza. Washington coherentizó así su discurso con la estrategia militar vigente, intentando cubrir los huecos provocados por el escándalo del Irangate. Pese a que Reagan nunca midió sus palabras a la hora de definir al régimen de Teherán ("Irán forma parte de una Federación de Estados Terroristas dirigidos por degenerados, inadaptados, locos y escuálidos delincuentes", afirmó), el férreo anticomunismo de los ayatolas había dejado abierta la puerta para las negociaciones. La venta de armas, a cambio de la libertad de algunos rehenes en Líbano y de importantes fondos para los contras, sólo se interrumpió cuando estalló el escándalo. Las represalias de esta semana permiten a Reagan sumar las acciones a las palabras, ya que sirven también como respuesta al secuestro del avión kuwaití realizado por un grupo respaldado por Teherán. Por otro lado, el despliegue naval obligó a los países árabes aliados a ceder por primera vez bases que servirán en el futuro de apoyo a las Fuerzas de Despliegue Rápido, uno de los pilares de la actual estrategia norteamericana. Arabia Saudita y Kuwait ya autorizaron a Estados Unidos el uso de sus pistas como "apoyo logístico en caso de emergencia o necesidad efectiva", y Bahrein cedió algunas plataformas petroleras *off shore* como base de los helicópteros norteamericanos.

Sin embargo, a medida que pasa el tiempo y crece el déficit presupuestario de Estados Unidos, crecen también las dudas sobre la solución elegida por Reagan. En el momento de la acción el consenso interno es casi total, pero una vez disipado el humo aparecen los cuestionamientos. "Esperamos que Irán saque las conclusiones apropiadas de lo ocurrido y cese sus ataques sobre la navegación civil en el Golfo", explicaba el miércoles el secretario de Defensa, Frank Carlucci. "Nada de lo que ha sucedido desde que empezó la revolución iraní puede justificar ese pensamiento", le contestó al otro día William Pfaff. En efecto, las luchas entre moderados e integristas dentro de la dirigencia iraní aseguran que sus respuestas estarán motivadas por objetivos de política interior y no por una supuesta "racionalidad exterior". Además, la ideología del martirio, presente en la religión chiita, forma parte también de la mística revolucionaria aún no extinguida, lo que disminuye los efectos psicológicos de la amenaza norteamericana y multiplica la posibilidad de que una acción suicida cause severos daños a la flota estacionada frente a sus costas. Después de todo, no resulta tan lejano el recuerdo del camión cargado de explosivos que mató a 200 marines en la embajada de Estados Unidos en Beirut.

A pocos meses de las elecciones presidenciales que pondrán punto final a sus ocho años de gobierno, Reagan no tiene mucho que mostrar como resultado de su política en Medio Oriente. Carter perdió las elecciones por la crisis de los rehenes, pero antes había modificado el *statu quo* de la región con los acuerdos de Camp David entre Israel y Egipto. Con su política de fuerza, Reagan sólo consiguió debilitar a sus aliados entre los árabes frente al crecimiento de las opciones musulmanas integristas, y fortalecer al sector más belicista en Israel. "Mediante la lucha contra el comunismo y el terrorismo —podría responder el presidente— mi política contribuye a la defensa de la civilización occidental." Pero sería un argumento débil. La frase ya fue escrita en una carta hace medio siglo por el mariscal Petain, y el destinatario de la misma también fue otro hombre famoso: Adolf Hitler.